

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elias Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05
Idem atrasado.....	0,10

Pago adelantado.

LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

EL MUNDO ROMANO: SU TRANSFORMACIÓN

II. La Iglesia y la libertad.

Las ideas y los principios gobiernan el mundo. La Iglesia aportó, en las lecciones salidas de la boca del Salvador, la fuerza que debía romper las cadenas de todos los esclavos. El Salvador había dicho, y sus Apóstoles repetían después de El: «No hay diferencia entre el hombre libre y el esclavo; todos sois hermanos; amaos los unos a los otros.»

La Iglesia se inspirará siempre en este espíritu. Su fin constante será la liberación de los esclavos, y mientras aquélla llegue, la Iglesia endulzará la esclavitud.

La Iglesia rehabilita desde luego al esclavo bajo el punto de vista moral. Le vuelve su personalidad, le sustrae a la tiranía del amo sobre su persona y sobre sus costumbres; le admite con los mismos títulos que al amo, a sus ritos sagrados. Su Doctrina y sus leyes testimonian siempre su gran solicitud por los esclavos.

San Pablo envía a Filemón un esclavo fugitivo y le pide que le trate como hermano.

«Yo te envío tu esclavo: porque delante de los hombres es tu esclavo, pero delante de Dios es tu hermano, y en nombre de este amo yo te lo recomiendo.»

En nombre de este amo común, Filemón, que era cristiano, acordó la libertad de su esclavo y se lo mandó libre a San Pablo, preso en aquel entonces.

«El día en que esta palabra fué pronunciada, dice Champagny, la llave de la bóveda de la esclavitud fué quitada: ella caía.»

En otra parte, San Pablo traza los deberes de los amos, a los cuales recomienda que traten a sus esclavos con humanidad, justicia y caridad. «No ordenéis a vuestros esclavos, dice, más que cosas justas. Cuando les mandéis, pensad que tenéis un amo común en el cielo. No penséis sobre ellos por el terror. Recordad que tienen el mismo Dios que vosotros y que este Dios os juzgará a los unos y a los otros sin mirar a la condición de las personas.»

Las constituciones apostólicas condenan a los amos demasiado rigurosos. Ordenan a los Obispos separar de su Comunión a los que tratan mal a sus esclavos; les afirjan por el hambre, los golpes y una dura servidumbre.

Ellas reivindicaban para el esclavo dos días de reposo a la semana; el domingo, en memoria de la Redención, y el sábado, en memoria de la Creación.

Los Obispos persiguen con sus reprobaciones más severas a los amos altaneros. Falta oír a San Juan Crisóstomo reprobando su dureza y su ociosidad a los grandes de Constantinopla que paseaban por las plazas el lujo insolente de su cortejo de esclavos.

«¿Por qué tanto esclavo?—les decía.—Un amo debe contentarse con un servidor... Mas, un servidor debería bastar para dos ó tres amos; si esto os parece duro, pensad en los que no tienen ningún servidor... si os hacen faltos, pase; pero no os paréis en las plazas públicas y en los baños como pastores llevando delante un ganado de hombres.» Y como se le respondiese:—«Esto es a fin de mantener un gran número de degradados que morirán de hambre si no comieran nuestro pan.» Replicaba: «Si obrárais por caridad, les enseñaríais un oficio y les haríais libres, y esto es lo que os guardáis de hacer. Yo sé que mi palabra os es pesada; pero yo cumplo con mi deber y no cesaré de hablar.»

En otra ocasión escribía el mismo San Juan Crisóstomo: «Que no se haga un rango para los esclavos y otro para los libres. Las leyes del mundo conocen la diferencia de las dos clases, pero la ley divina no la admite.»

San Gregorio de Nicea no está menos expresivo. Condena con la misma fuerza a la

institución de la esclavitud y a los poseedores de esclavos.

«¿Qué! decía, vosotros condenáis a la esclavitud al hombre que por la naturaleza es libre y amo de sí mismo. Sabedlo: vosotros no os diferenciáis de vuestro esclavo más que por el nombre. Y vosotros, cuando este hombre es en todo igual, ¿qué título de superioridad tenéis, yo os lo pido, para consideraros sus amos?»

Todo el espíritu del Cristianismo está ahí, en libertar a los esclavos y organizar el trabajo libre. Los Emperadores cristianos ayudaron a los Obispos para libertar a los esclavos.

Todas las leyes del siglo IV, dictadas bajo la inspiración de la Iglesia, respiran la compasión por los esclavos y el pesar de la esclavitud.

Constantino da a la manumisión ante el sacerdote y a la liberación formulada por los clérigos el poder de conferir los derechos de ciudadano.

Constantino, en 343, acuerda a todos los eclesiásticos y los fieles el derecho de rescatar, aun contra la voluntad del dueño, al esclavo cristiano prostituido por aquél.

Teodosio, Honorio, Teodosio II no cesan de testimoniar su solicitud por los esclavos y multiplican las causas de su liberación.

Valentiniano corta el lazo hereditario de la profesión teatral, y el Cristianismo suprime toda una categoría de esclavos, los esclavos del teatro.

Justiniano, sobre todo, se muestra profundamente liberal para con los esclavos, inscribiendo en la ley este aforismo que condena todo el derecho antiguo: «La esclavitud es una institución contraria al derecho natural.»

«El esclavo que se hace clérigo ó toma el hábito de monje—dice Constantino—se hace libre, lo mismo que el esclavo circuncidado por un judío.»

Las leyes imperiales corresponden a las costumbres del tiempo. Los nuevos cristianos liberan sus esclavos su gran número. Santa Melania pone en libertad a todos los suyos en número de cinco a seis mil. Hermes, antiguo Prefecto de Roma, presenta al bautismo un día de Pascua, mil doscientos cincuenta, a quienes había enseñado la Religión y dejó libres en el mismo templo.

Chromacio, antiguo Prefecto igualmente, convertido por San Sebastián, presentó al bautismo mil cuatrocientos, que puso inmediatamente en libertad, diciendo que «los que comienzan a ser hijos de Dios no pueden ser esclavos de los hombres.»

Los Obispos no se contentan con hablar. Obra y la obra colosal de liberación avanza diariamente bajo su mano.

Cada día se multiplican las manumisiones que Constantino había autorizado en los días de fiesta. Parecía imposible el gozo si, los esclavos no eran emancipados en número y si al salir de la Iglesia no salían los cánticos de fiesta de la boca de los que sacudían sus cadenas.

San Ambrosio exhortaba a las comunidades cretenses a vender, si era preciso, los vasos sagrados para rescatar a los esclavos. «El más bello ornamento de los misterios, decía, es la redención de los cautivos. San Agustín y San Paulino rivalizaron con él.

San Cipriano, en medio de las persecuciones, se ocupaba en reclamar las colectas de los fieles, no para él ó para sus sacerdotes, sino para rescatar los cautivos.

San Gregorio el Grande manumite los esclavos de sus numerosos dominios, y como San Ambrosio, llega a vender los vasos sagrados de las Iglesias para rescatar los esclavos, diciendo que los vasos vivientes tienen más precio a los ojos de Dios, que los de los templos. Por millones los hace manumitir.

Lo que se hace en Italia y en Africa se reproduce por donde extiende su acción el Cristianismo. La esclavitud desaparece de Occidente, y en cuanto la Iglesia no encuentra ya en la cristianidad esclavos que redimir, va con sus Ordenes redentoristas a rescatar cautivos de los piratas de Africa y del Oriente.

Los buenos escritores.

Todos aquellos que desean realmente y de corazón que las cosas, lo mismo sagradas que civiles, sean por valerosos escritores eficazmente difundidas y prosperadas, traten de favorecerlos con su propia liberalidad....

Débase, por tanto, por todos los medios y de todos los modos acudir en auxilio de tales escritores....

León XIII.

(Enciclopedia *Enci Nos.*)

LA GLORIA DE DIOS

Cada nota que el viento murmura, cada rayo de luz en el sol, cada flor en la verde llanura, es un himno a la gloria de Dios.

Marineros que alzáis con orgullo en la popa gentil pabellón, de las olas el ronco murmurio os proclama la gloria de Dios. Labradores que al bosque sombrío disputáis de la tierra el favor, el rumor de las mieses de estío os enseña la gloria de Dios.

Es el mudado una lira sublime que modula en eterna canción, si suspira, si canta ó si gime, siempre canta la gloria de Dios.

Carlos Walker Martínez.

Pensamientos.

La verdadera amistad suele tener reprobaciones, pero nunca adulaciones.—San Bernardo.

Quien alaba a los grandes, haya ó no razón para ello, les expone a cometer grandes desaciertos. No es la alabanza humana premio bastante para una acción buena, y lleva aparejado el peligro de contentar ó engrairal que la ejecuta; por eso la alabanza únicamente es buena si lo es la acción alabada y ha de servir de ejemplo ó de estímulo para otras acciones buenas; mes ¿qué! podrá estar seguro de esto?—Stael.

Si el día de ayer no te enseñara, vivirás siempre engañado, y no acertarás en tus juicios sobre el día de mañana.—Retz.

En donde más replandeció la caridad de la Iglesia fué, señores, en España. España ha sido una Nación hecha por la Iglesia, formada por la Iglesia para los pobres: los pobres han sido en España Reyes. Los que eran colonos tenían tierras perpetuamente con un censo infinito, y eran en realidad propietarios. Todas las fundaciones piosas que había en España eran para los pobres. Los jornaleros tenían con qué dar pan a sus hijos con los jornales que ganaban en los gloriosos y espléndidos monumentos de que está llena España. ¿Qué mendigo no tenía un pedazo de pan estando abierto un Convento?—Donoso Cortés.

Dadme donosos de corazón y pedidme lo que gustáis; el talento y el corazón son las grandes palancas que mueven a la Sociedad por el camino del progreso.

El genio crea; el amor se sacrifica y hace prácticas las creaciones del talento. Las grandes ideas se han propagado sobre un mar de sangre generosa. Sin la caridad la Ciencia destruye más que edifica.—Still.

Velada en Palacio.

El día 25, los socios de las Conferencias y otros amigos suyos se reunieron en el Palacio Arzobispal. Ningún sitio mejor pudieron elegir que el salón de los Concilios, para hablar con alteza de miras de asuntos elevados, y lo son siempre los que con la caridad se relacionan.

Al echar días pasados una mirada retrospectiva sobre la marcha de su obra los socios de las Conferencias, esos hombres de corazón, que en estos tiempos de egoísmo, con mano generosa, se dedican a visitar enfermos, consolar penas, enjugar lágrimas y socorrer desdichas. Esos hombres, ante los cuales la sociedad agradecida debía inclinarse con respeto, pensaron que no es suficiente consolar al triste, vestir al desnudo y dar de comer al hambriento; su hermoso corazón aspira a más, no se contentan con menos que conseguir la unión de todos los hombres en el estrecho lazo de la caridad, dando a las clases desheredadas la educación cristiana, única que sabe hacer hombres honrados, y ayudándolas en la lucha por la vida con medios materiales, para que el pan espiritual y material unidos, no falten de la casa del menesteroso, causando la desolación y la miseria, la ruina moral y material de esos hermanos nuestros que yacen en las tinieblas de la ignorancia, del abandono y la indigencia.

Las dulces melodías de la Primera Sonata en Re mayor de Beethoven hicieron estremeceer dulcemente nuestro espíritu, como si el ángel de la caridad, agitando suavemente sus alas, produjera ligera y eucantadora brisa que, elevando nuestra imaginación a altísimas regiones, nos hiciera sentir inpresiones agradables y desconocidas.

El violín, magistralmente tocado por el Director de la banda de la Academia de Infantería, D. Manuel Garrido, tenía toda la dulzura y eucanto de la sonrisa de un niño, y el piano acompañando con sus arpeggios armoniosos, hábilmente arrancados a las ingratas teclas por el joven y notable pianista D. Francisco Román, interpretaron a maravilla la difícil y embelesadora música del maestro.

La música preparó los ánimos y la oratoria acabó de elevarlos. El Comandante de Infantería D. Hilario González leyó un discurso. Decir que el ilustrado Profesor de la Academia manifestó sus profundos conocimientos sociales, no sería decir nada nuevo. Hay que oír a un pundonoroso Oficial del Ejército español hablando de la Patria; hay que ver a un sabio explicando lo que es educación y condenando la ignorancia; hay que oír al que siente en su noble pecho los impulsos generosos que presta la caridad, ayudada del talento, lastimarse de los males que sufre su Religión y su Patria, para darse cuenta de que el croquista no puede describir lo que sienten los oyentes y lo que merece el que, como el Sr. González, sabe escribir discursos tan hermosos.

Todavía resonaban los aplausos en el amplio salón, cuando la música dejó oír otra vez sus elegantes notas y armoniosos acordes; era una melodía de Beethoven, bellísimamente interpretada por los Sres. Garrido y Román, que recibieron innumerables felicitaciones.

D. Saturnino de la Presa y Cabareda leyó un magnífico discurso sobre la influencia bienhechora de la Iglesia en la Sociedad. Los elocuentes párrafos fueron cortados por los aplausos que arracaban al selecto auditorio las hermosas ideas, los elevados conceptos, los encantadores ideales, traducidos en hechos y elegantemente presentados, engarzados en un lenguaje castizo reventado con todas las galas de la oratoria.

D. Antonio Reus cantó y tocó, en el piano, con gran gusto y afinación, una sentida composición que mereció muchos aplausos.

Terminada la velada, el Sr. Cardenal conversó con todos, con la afabilidad en el acompañamiento, y mientras que paseando y formando alegres grupos se comentaba con placer y se elogiaba la velada, el M. I. Sr. D. Pedro Cadenas, Mayordomo de S. E., con su habitual peri-